# Cosas de hermanas.

Ariadna Santos Guerrero

Image not found.

# Capítulo 1

-¿Vas a ayudarme o no? – le preguntó Maya desesperada.

La situación era jodida. Muy jodida. Y estar manchadas de sangre no ayudaba en nada.

-¿Y qué propones que hagamos? – exclamó su hermana Amanda. – No tendría que haber venido aquí… - se lamentó.

-Pero estás aquí, así que aguántate y ayúdame. No puedo sola con todo esto.

-Esto antes se llamaba tu marido, Maya – la regañó su hermana.

-Qué más da ahora, debemos limpiar todo esto y llevarnos el cuerpo de aquí.

Amanda se cruzó de brazos mientras su hermana cogía el cadáver de su antiguo marido por las manos y trataba de tirar de él sin mucho éxito.

-¿Se puede saber qué estás haciendo? – le preguntó Amanda soltándole las manos. - ¡Ayúdame! – suplicó dando saltitos nerviosos.

-¿Por qué debería hacerlo? – preguntó su hermana.

Maya soltó un gruñido.

-Ahora no es momento de ponerse tozuda, Amanda.

-¡Oh, sí lo es! – replicó ella. – Siempre tengo que estar sacándote las castañas del fuego. Llevo toda la vida ayudándote en tus cosas. – Amanda se descruzó de brazos y empezó a enumerar. – Como cuando tuve que ir vestida del cuerpo de un caballo solo porque te apetecía ir de minotauro en Halloween. O cuando tuve que distraer a papá y mamá cuando tú querías ir a esa fiesta que, por cierto, no me invitaron.

Maya suspiró poniendo los ojos en blanco.

-O como cuando tuve que ir a hacer el examen práctico de conducir por ti – Continuó Amanda. -  Que, por cierto, eres una terrible conductora – la señaló, acusándola.

-¿¡Y qué tendrá que ver todo lo que dices con esto, Amanda!? – le preguntó Maya histérica, al borde de las lágrimas. – Eso no es nada comparado con esto – señaló al cadáver de su exmarido. - ¡Hay una

persona muerta en mi casa, joder!

-¿Y qué ha sucedido?

Maya gimió frustrada. No tenía ganas de contar lo que había sucedido hacía una hora.

-Si me lo cuentas, te ayudo – concluyó Amanda.

Maya sacó el aire por la boca lentamente. Como siguiera por ese camino, la próxima muerta sería ella. Pero al ver que no podía hacer nada y mucho menos sin ella, se rindió y le contó lo que había pasado.

Ella y su marido habían mantenido una discusión demasiado acalorada. Se habían dicho cosas demasiado fuertes e incluso, Maya había llegado a las manos pegándole una sonora bofetada. Y entonces…

-Y entonces – dijo Maya con dificultad. – se tropezó en la alfombra y… - señaló el cuerpo de su marido. – Se clavó los cuernos del ciervo en los ojos. Le dije que lo había colgado demasiado bajo, que la altura podría causar un accidente y… al final yo tuve razón.

-Espera, espera, espera – la interrumpió su hermana. - ¿La discusión fue por el bicho ese colgado en la pared?

Maya asintió con la cabeza.

-Por el amor de Dios… - Amanda se llevó una mano en la frente.

-Sé que suena fatal, pero de verdad que ha sido un accidente.

Amanda miró a su alrededor. Había algo que no cuadraba en todo aquello.

-Dices que tu marido estaba donde estabas tú, ¿verdad? – le preguntó Amanda. Maya asintió con la cabeza. – Y que cuando él se giró, se tropezó con la alfombra y se cayó.

-Exacto – respondió Maya. – Pasó todo muy rápido… - musitó.

-Hay una distancia demasiado grande como para que una persona al tropezarse se clavara eso en la cabeza. Por lo menos hay como cuatro pasos. Nadie se tropieza durante tanto rato.

-Bueno… - contestó Maya retorciéndose lo dedos. – Ya sabes lo torpe que era. – Se retocó el pelo.

-Ya bueno, no me creo nada viuda negra.

Maya ahogó una exclamación.

.-¿Cómo te atreves? – exclamó poniendo una mano en el pecho.

Amanda imitó su gesto.

-¿Debo recordarte que tu primer marido se murió en extrañas circunstancias?

Maya puso los brazos en jarra.

-Mi primer marido se murió seis meses después de nuestro oficial divorcio. Te recuerdo que por aquél entonces ya estaba casado con la mujer con la que me la estaba pegando. Y si tú llamas "extrañas circunstancias" a que, su nueva mujer, le cortara los frenos del coche, pues bueno, supongo que así pasó.

- ¿Y que hay con el segundo? – siseó Amanda. - ¿Con ese qué tienes que decirme?

-Eso fue… - balbuceó Maya – totalmente distinto. Se cayó por las escaleras, fue un accidente.

-¿Y si fue un accidente por qué puñetas tuve que mentir a la policía y decir que estuvimos toda la tarde juntas en mi casa?

-Pues porque… - Maya dijo algo en un tono muy bajo.

-¿Qué? – preguntó Amanda. – No te he escuchado.

Maya repitió lo que había dicho de nuevo, en un tono un poco más alto que Amanda no pudo oír igualmente.

-Oye Maya, si sigues así me voy a ir.

-¡¡Porque lo empujé por las escaleras!! ¿¡Vale!? – gritó colérica. – ¡Ya está, ya lo he dicho!

Amanda se cubrió la boca con las manos.

-¿Y a… - señaló a su excuñado – también?

-¡Sí! – respondió. – Me ha puesto tan nerviosa diciéndome que yo no entendía nada y que me fuera a la cocina, que ese era mi sitio. Y entonces

lo he empujado.

Amanda se quedó en silencio, mirándola, sin casi pestañear.

-Contra el jodido ciervo… - musitó Maya agachando un poco la cabeza.

Amanda seguía en silencio, en shock.

-Unas dos o tres veces.

-¡¡Por el amor de Dios, Maya!! – exclamó. - ¡Estás loca! – gritó.

-¡¡Lo sé!! – gritó también su hermana.

-¿Qué te pasa con los empujones?

-No lo sé… - Maya empezó a llorar.

-Ahora no te pongas a llorar y saquemos a este de aquí, que ya empieza a oler – hizo una mueca de asco.

Maya miró a su hermana con un brillo esperanzador en los ojos.

-¿Me vas a ayudar?

Amanda suspiró.

-Ya he cometido muchos delitos por ti, qué más dará cometer uno más.

Maya corrió hacia su hermana y la abrazó.

-Gracias – le dijo con la voz temblorosa. – Debemos sacarlo de ahí.

-Sí… - Amanda tuvo un escalofrío. – Ve a por bolsas de basura.

Amanda y Maya sacaron el cuerpo encastado de los cuernos del ciervo. Si dijéramos que la cosa fue fácil, estaríamos mintiendo. Uno de los ojos se quedó incrustado en uno de los cuernos. Amanda tuvo que sacarlo de allí ya que Maya estaba muy ocupada vomitando en el baño del primer piso de la casa.

Después de ese momento, envolvieron el cadáver en bolsas de basura. Cogieron el ciervo y la alfombra y los pusieron en otras bolsas.

Entonces se pusieron a limpiar toda la casa con lejía. Desde los muebles hasta las paredes.

-Yo que tu encendería la chimenea para quemar los restos de sangre que se han quedado en las maderas – le aconsejó Amanda a su hermana.

-Tienes razón – Contestó ella.

-¿Qué hacemos con el cadáver?

Maya miró el coche de su marido a través de la ventana del comedor.

-Él iba a ir a tirar unos muebles viejos a una antigua cantera que van a cerrar. Es el lugar perfecto.

Amanda puso los ojos en blanco.

-Lo mejor para el medio ambiente.

Amanda y Maya colocaron las bolsas que contenían el ciervo y la alfombra dentro de una cómoda vieja. Con el cadáver de su exmarido lo tuvieron algo más complicado. Lo metieron dentro de una maleta de mimbre medio rota. Maya no pudo evitar recordar donde compró esa maleta:

-En nuestro primer viaje… - musitó Maya, compungida.

-¿Qué dices? – preguntó su hermana haciendo grandes esfuerzos para meter a su excuñado en el coche.

-Nada, déjalo.

Cuando lo tuvieron todo listo, condujeron durante media hora por una carretera larga, recta y solitaria. Al llegar al sitio, unos trabajadores ayudaron a las hermanas a descargar las cosas del coche. Uno de ellos indicó lo que pesaba la maleta de mimbre, parecía que tenía intención de abrirla, pero Maya empezó a coquetear con él para que se le quitara la idea de la cabeza.

Amanda, por otro lado, pagó treinta euros a los trabajadores por haberlas ayudado y Maya le dio su número de teléfono a uno de ellos.

Cuando ambas subieron al coche de nuevo, Amanda dijo:

-¿Qué pasa, ahora buscas al cuarto o qué?

-Cállate – le ordenó Maya mientras arrancaba el coche.

Maya y su hermana estuvieron trazando sus coartadas por si las moscas. Ambas habían acordado mantener la misma versión y Maya debía aprendérsela al dedillo. La coartada era fácil: ir a denunciar la desaparición de su marido a la mañana siguiente y decir que ambas

habían pasado la tarde juntas, sin más

Maya dejó a su hermana en casa, no sin antes darle las gracias por lo que había hecho por ella. Ahora solo quedaba esperar. Cuando Amanda vio como el coche de su hermana desaparecía por la carretera, entró en su casa.

-¿Ya has llegado? – le preguntó su marido cuando Amanda entró por la puerta.

-Sí… - respondió cansada.

-¿Dónde has estado? – le preguntó su marido secándose las manos con un trapo. Estaba lavando los platos.

-He estado con mi hermana. Hemos ido a tirar unos muebles a la cantera esa que están a punto de cerrar y hemos dado una larga vuelta por la montaña.

-Entonces te has debido de enterar – comentó su marido.

-¿De qué? – le preguntó ella.

-Estaba hablando con Francisco cuando lo han llamado de la centralita. Se ve que varias patrullas han ido para allá.

-¿Por qué?

-¿No lo sabes? – le preguntó su marido algo extrañado.

Amanda negó con la cabeza.

-Han encontrado el cadáver de una persona en uno de los muebles. Están investigando qué ha podido pasar.

Amanda abrió mucho los ojos.

-Vaya – masculló.